



José Cifuentes

Un muy buen desempeño de actuación cumplen Shlomit Baytelman, Víctor Rojas, Nancy Paulsen y Jaime Azócar.

TEATRO

Los tigres del Conventillo

□ Exitosa reposición de una obra de Alejandro Sieveking, a casi veinte años de su estreno.

Irse sobre seguro con el reestreno de alguna obra nacional o importada que ya obtuviera éxito en el pasado, ha sido un fenómeno bastante frecuente en temporadas recientes. Sin embargo, muchas veces estas reposiciones no hicieron mayor aporte y no fueron montajes creativos que permitieran revalorizar una obra, subrayando su vigencia durante años.

Una excepción a lo anterior se dio a comienzos de este año con *La muerte de un vendedor* en *El Conventillo* y otra surgió ahora con *Tres tristes tigres*, de Alejandro Sieveking, en la sala chica de ese mismo centro teatral.

Aunque bien recibida cuando se estrenó hace diecinueve años en el teatro Talía y además en la versión libre de la película de Ruiz (1968), la obra crece en el montaje actual no sólo por la interpretación (antes también fue buena), sino por la inteligente dirección de Gustavo Meza, quien supo darle el ritmo justo y sacar muy buen partido de los personajes mismos.

El espacio reducido del Conventillo II favoreció al espectáculo por crear una sensación de inmediatez e intimidad. Ubica al espectador como una presencia invisible en el living del departamento de Rudi (Jaime Azócar), dueño de una compraventa de automóviles, maestro en el arte de los cheques a fecha (aunque a menudo se le convierten en *chirimoyos*), mujeriego, arribista, un vivo que sabe sacarle partido a su simpatía personal que pone y quita, tal como otros abren o cierran una llave de agua. Tito (Víctor Rojas Escobar) es su empleado, el mozo que anhela llegar a vendedor, no solamente porque así ganará

más dinero, sino para ascender en la escala social. Servil y en apariencia sumiso, hay en su trastienda un resentimiento que pesa.

Alicia (Nancy Paulsen) es la hija de la dueña del departamento que arrienda Rudy y, en dos escenas bastante breves, tiene la oportunidad de esbozar todo un complejo personaje, de niña de buena familia, dominada por su madre y deslumbrada por aquel arrendatario. Por último, Amanda (Shlomit Baytelman), *striptisera* cesante, llega a ese departamento en busca de su hermanastro Tito, por no tener dónde ir, y Rudi, al encontrarla allí aquella noche, no se hace rogar dos veces.

El drama — casi se podría hablar de tragedia — surge cuando ella regresa al día siguiente con su destantalada maleta, convencida de que ha hecho una conquista y decidida a instalarse allí. El patetismo de la situación resultante y el grotesco inconsciente de Amanda constituyen un intenso clímax.

La base de esta obra no es tanto su historia, sino personajes agudamente captados por el autor; su personalidad y manera de ser determinan y provocan los acontecimientos. Lo que todos tienen en común, al margen de su muy diferente extracción social, es cierta inseguridad y frustración que a su vez los conduce a comportarse en forma tan egoísta. Cada cual actúa y reacciona en función de sus propios objetivos y conveniencia, sin importarles un ápice los demás. Justamente esta falta de consideración por el prójimo en la convivencia de los personajes, en una forma u otra, desemboca en su derrota.

El nivel de la interpretación, alto y homogéneo, va estrechamente ligado con el equilibrio entre el abundante humor de la pieza y la forma sutil en que cambia su tónica y adquiere crecientes ribetes dramáticos. Esa hábil orquestación producto de la dirección de Meza, es — junto a la actuación — la clave del impacto que alcanza el espectáculo, uno de los más logrados de la presente temporada. Al mismo tiempo la obra misma adquirió ahora un peso mayor que cuando se estrenara hace dos decenios.

Hans Ehrmann ■